

¿Pueden hablar las subalternas, las excluidas, las nadies?

María Isabel Mena García



Sankofa. *Mentira acomodadora*. Foto ©Paulina Pérez.

A propósito de la actual coyuntura política, donde han florecido discursos raciales alrededor de la campaña presidencial de una mujer negra que reclama aireadamente un lugar en la contienda política, vale la pena volver sobre esa incómoda pregunta que la elegida vicepresidenta Francia Márquez provoca a la ciudadanía. Pregona que es el tiempo de las nadies, de las anónimas, de las excluidas, de las que no tienen los grandes medios de comunicación para hacerse escuchar. La idea es referirnos brevemente a toda esta interesante emoción

política que desencadena la presencia de esta mujer racializada.

1. Gayatri Chakravorty Spivak se hizo esa misma pregunta que titula este documento y, si bien no existe la menor duda de que la subalternidad desde siempre ha gritado por la dignificación de su historia, parece importante continuar explicando cómo y desde dónde habla, y los contenidos de sus proclamas. A juzgar de muchas personas, los lugares de las personas negras están predesti-

nadas desde los tiempos de la esclavitud y, por lo tanto, sus aspiraciones están subidas de tono al pretender que una racializada se destaque en la política del nuevo gobierno en Colombia.

2. En función de lo anterior, parece de Perogrullo anotar que cada persona, colectivo o sector tiene la autoridad para autonarrarse. Ahora bien, eso no resuelve si los actores externos pueden expresar fidedignamente las vivencias y experiencias de los otros. Los espinosos temas que surgen, cuando los afectados no participan o lo hacen en condiciones desventajosas, debería ponernos a reflexionar seriamente sobre el poder de la representación en primera persona.
3. Ya sabemos que el lenguaje es una posibilidad infinita de visibilizar u ocultar, de empoderar o empobrecer, como la gigantesca Chimamanda Ngozi Adichie nos lo aportó hace un tiempo. Para citar recientes tensiones, detengámonos en algunos eventos donde las subalternas no están presentes en temas que les atañen directamente. Por ejemplo, vimos pasar una serie de debates donde señores blancos, seguramente de clase económica poderosa, hablaban de la lactancia materna, sin ningún ápice de vergüenza o sonrojo, y argumentaban supuestas políticas de bienestar para las mujeres y sus hijos, desde su lugar de privilegio. El hecho de que no hubiese mujeres que amamantan en ese evento, dio para pensar en lo poco que ciertos sectores entienden que hablen las mujeres, desde y por sí, mismas.

Igualmente, vemos ocurrir el debate en contra del aborto por parte de magistrados hombres que, al no tener útero para alojar bebés, deberían promover la alta participa-

ción de las magistradas en esas controversias. Es lo mínimo que se puede esperar.

Estos ejemplos no son para nada exóticos; desde los inicios de la humanidad, los señores han ocupado la voz de las mujeres a quienes han destituido de su lugar, en un franco ejercicio de suplantación física y, por lo tanto, moral.

Para el caso de las personas negras en Colombia, la situación no es tan distinta como se piensa. Imaginemos varios escenarios: **el académico**, por ejemplo. Si podemos cerrar los ojos e imaginar la cantidad de profesores universitarios que conocemos en las universidades, se empieza a evidenciar una problemática (bastante problemática), que desdice la pretensión que las instituciones de educación superior sean sitios de acogida igualitaria. Lo más curioso es que el racismo universitario pasa tanto por las universidades privadas, como por las públicas. Sin lugar a duda.

Ahora, dibujemos en nuestra mente **el sector del libro** en una de sus tantas expresiones, las ferias del libro, tanto aquellas grandotas que alojan lo más competitivo del mercado editorial, como las pequeñas iniciativas que aglutinan a diversos escritores que bondadosamente hacen sus mejores esfuerzos para contribuir con sus trabajos a la disminución de una brecha como la que existe en Colombia en torno al libro, las bibliotecas, los lectores y demás cadenas de esta industria. Aquí emergen preguntas muy interesantes: cuántos autores negros conocemos en esos lugares, cuántos de ellos son mujeres, qué tipo de libro producen y cuál es el acceso a estos productos que asegure su circulación y, por lo tanto, normalice el uso de esa bibliografía en los circuitos académicos.



Sankofa. *Voces negras*. Foto ©Katherynn Moreno. 17/11/2015.

Dado que el letargo producido por la colonización no es un hecho abstracto, entonces la circulación de libros y de quienes los escriben, no están por fuera de la pregunta de si hay racismo en el sector editorial, ni de la

conciencia que existe sobre ello y o de los pasos que Colombia está dando en ese sentido.

Vale la pena cruzar la pregunta con aquella de cómo es pronunciado, leído y escuchado

al subalterno que, en este caso, es racializado como autor de su propia narrativa, y las condiciones materiales para hacer de ello un ejercicio que dignifique su historia y su comunidad. Así que, cuando en un evento, los rostros blancos hablan de experiencia de racismo, tendríamos que preguntar la forma como el privilegio racial promueve esos rostros, a pesar de que sus experiencias no sean las mismas que las que padecen las víctimas de racismo. Lo propio se extiende al escribir sobre racismo sin que medie un patrón constitutivo de ese padecimiento.

Pienso, por ejemplo, en un congreso muy poderoso de historiadores. Me invitaron porque yo debía escuchar lo que ellos, hombres blancos de la academia influyente, cuyas fortunas se notaban en los costosos trajes que vestían y que contrastaban con mi presencia, mujer, negra y pobre, tenían para decir. Lo curioso es cómo su filantropía los llevó a pretender que yo estaría a gusto con ese lugar que me habían asignado.

Claro, cuando abrí la boca para notar los hallazgos de rigurosos trabajos que se han hecho en Colombia para situar los impactos del colonialismo en la realidad concreta de los pueblos negros en América, experimenté dos sensaciones que luego entendería con mayor profundidad: por un lado, subrayar que se habían equivocado con la selección de mi participación; por otro lado, una suerte de vergüenza por la responsabilidad histórica que deviene de mis planteamientos.

Yo debí quedarme callada y validar todo lo que decían de las comunidades esclavizadas y sus hallazgos investigativos; contrario a ello, me planté como descendiente directa de la esclavitud, planteé fuertes controversias con lo escuchado y les cuestioné algunas premisas. Es decir, alteré la normalidad que allí se daba por hechos incuestionables,

viniendo de sectores de historiadores hegemónicos muy blancos.

Lo que acontece con Márquez, conmigo y con miles de personas negras en Colombia, es una consecuencia de una sociedad racializada en la que el subalterno no puede, y no debe, alterar el guion de la *blanquitud*. Si lo hace, se tendrá que atener a las consecuencias.

Por eso, que sectores de ultraderecha hayan asociado a Francia Márquez con King Kong o hayan querido representarla como la clásica figura de la empleada doméstica, es la punta del *iceberg* de un imaginario donde reposa el racismo más recalcitrante de la sociedad. Afortunadamente, Francia, de forma muy habilidosa, remontó esas premisas y fortaleció el eslogan de su campaña.

Sus seguidores repudiaron esas comparaciones y, esto es importante de subrayar, cada vez crece una ciudadanía beligerante que no se queda callada ante los abusos racializados y se pronuncia en diferentes medios de comunicación.

El discurso de las nadies, de las excluidas y de las racializadas hacen parte, a mi modo de ver, del modo como las subalternas siempre han hablado por sus derechos, y hoy, más que nunca, rinden tributo a sus ancestrales luchas contra toda la opresión, esa que pretende acallar a las víctimas. No lo han logrado y no lo lograrán: Francia es la viva muestra de esa contranarrativa.

María Isabel Mena García. Licenciada en Historia por la Universidad del Valle; Magíster en Investigación Social Interdisciplinaria por la Universidad Distrital Francisco José de Caldas y doctoranda en Ciencias Sociales por la Universidad Pablo de Olavide en Sevilla-España.